

## LA ESPIRITUALIDAD DEL DESIERTO HOY

### La experiencia de la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld



JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU  
Teólogo y escritor

La Cuaresma que estamos celebrando nos invita a emprender un viaje hacia el interior de nuestro ser, donde mora el mismo Dios. Durante estas semanas, el creyente busca un “tiempo de desierto” y de silencio en el que recogerse lejos del ruido diario que sofoca el aliento del Espíritu. La experiencia de la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld, que aquí nos acerca su fundador y moderador, es un buen ejemplo de que la oración, la acogida, la escucha... siguen reclamando y teniendo su espacio en la era de la globalización.

# En busca del silencio interior



Existe una fuerza única inicial y creadora que unifica a las personas, la naturaleza y al arte, que es impulso y comunión. Una de las características de este portentoso Occidente del bienestar radica en lo aislado que vive el ser humano, convertido en mera criatura mortal, sin más dimensiones que la temporal, que le hacen perder la trascendencia: el alud de noticias, la televisión, etc. ahogan la intimidad y la originalidad al masificarlo todo.

Es por esto que, hoy más que nunca, la persona necesita *ir al desierto*, es decir, “hacer silencio en su interior”, para descubrir la tremenda paradoja de que, en esta “soledad callada”, se encuentra una Presencia-Comunión, que genera una maravillosa fertilidad, fruto del impulso creador del Amor.

## DIOS SE REVELA EN EL SINAÍ (HOREB) A MOISÉS Y A ELÍAS

Dios habló en el Sinaí. Habló con **Moisés** cara a cara, como un hombre suele hablar con su amigo. Dios podía haber hablado en otra parte. Sin embargo, escogió el desierto. Así, en la tradición judeo-cristiana, el lugar donde

Dios habla se llama desierto. Por eso, **Jesús** va al desierto cuando se retira a un lugar solitario para orar al Padre, o cuando sube a la montaña de Galilea (Tabor).

Pero no se trata del desierto físico con su arena y sus rocas. El desierto existe dondequiera que uno ora y escucha la Palabra de Dios en lo más profundo de su corazón. Es por esto que cada cual tiene que encontrar su “propio desierto”, ya sea en plena ciudad, en la cárcel, en el hospital o en los sufrimientos corrientes de la vida ordinaria.

La Biblia nos dice que Dios se apareció a Moisés en el fuego que ardía en una zarza sin consumirla. Y que le habló desde allí. No hemos de imaginarnos a Moisés viendo a Dios con sus ojos ni oyéndolo con sus oídos. Es una manera de decirnos que Moisés, durante una visión o un éxtasis, sintió en el fondo de su corazón una presencia de Dios que le hizo ciertas confidencias y le encargó una misión. Y esto se le impuso con una evidencia deslumbradora, fulgurante.

Quien recibe una revelación de Dios, el que ha conocido algo del mundo de Dios, no podrá nunca comunicárselo a los demás tal como le gustaría hacerlo. Pero lo cierto es que Moisés se

dejó atrapar por Dios y su vida se vio desconcertada por Él. Como el fuego, Dios irrumpe en Moisés como algo que le quema por dentro, pero sin consumirlo, ya que no le quita la libertad ni suprime su personalidad.

En la vida mística de Moisés, la amistad con Dios tiene un carácter central: “Y Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como se habla entre amigos” (Ex 33, 11). La intimidad de Moisés con Dios es absolutamente real. Se queja a Dios, discute con Él, le manifiesta sus frustraciones, intercede por el pueblo... Solo los amigos íntimos hablan de esta manera.

Sí, Moisés vio a Dios cara a cara, pero en la oscuridad. Lo vio a través de la fe. Por la fe nos encontramos con Dios cara a cara. La fe es visión oscura de Dios. Así como el murciélago queda cegado por la intensa luz del sol, así nosotros quedamos cegados por la intensa luz de Dios.

La inteligencia espiritual, iluminada por el don de la fe va más allá de lo que ve con los ojos, más allá de lo que ve con la imaginación, más allá de toda comprensión y razonamiento, hasta ver a Dios en oscuridad. **Elias** huye como un cobarde ante la persecución

de la reina **Jezabel**, en medio de su acción profética. Va hacia el Sinaí, como atraído por Dios a un misterioso encuentro, pero solo después de haber atravesado la “noche oscura” de los místicos. En su marcha hacia el desierto, Elías conoce la tentación de las personas a quienes Dios ha encargado una misión importante: la tentación del desánimo. Acaba de huir de las amenazas de una mujer que adora los ídolos, él que pretende conducir a Israel hacia el Dios verdadero. Su vida ya no tiene ningún sentido. Se acuesta y se duerme profundamente con el deseo de no volver a ver el día.

Si Dios cree conveniente que el ser humano toque fondo en su miseria, no por eso lo abandona. En medio del desierto, aplastado por el hambre y la sed, Elías se siente sacudido de su letargo por una mano desconocida que lo libra de la muerte fatal, ofreciéndole una hogaza de pan y una vasija de agua.

Aquello pudo recordarle a Elías los desvelos de Dios por su pueblo a través del desierto después de la salida de Egipto, y cómo en los momentos difíciles encontró en su camino el maná para sustentarse y el agua de la roca. Comió y bebió. Sustentado por aquel alimento, reanudó su marcha.

El Sinaí representaba para los hebreos como el hábitat más auténtico del verdadero Dios, Yahvé. El Sinaí era superior al Arca de la Alianza, escabel portátil de la presencia de Dios, y al Templo de Jerusalén, construido para guardarla.

Elías escala las faldas de la montaña y entra en aquellos “huecos de piedra” en donde la tradición decía que se había escondido Moisés mientras pasaba la “gloria de Dios”. Se repite entonces una teofanía, o manifestación divina, semejante a entonces, desencadenándose la tempestad y temblando la tierra. Es el signo exterior de que Dios es el creador del mundo y dueño de las fuerzas cósmicas. Pero, por impresionado que estuviera Elías acurrucado en el agujero de la piedra, comprende que Dios no está en el huracán, en los rayos ni en el temblor de tierra, pues Dios es un



ser distinto a su creación y no ha de confundirse con ella.

Elías, el precursor de los contemplativos, sabe que Dios habla y se comunica en la intimidad de los corazones. Tras el huracán desencadenado, viene el murmullo de una brisa ligera. Llega la hora de las confidencias, como en el paraíso terrenal Dios se acercaba a **Adán y Eva** en la brisa de la tarde para visitarlos. Elías recibe, en el interior de su corazón, nuevo ánimo para realizar su misión y regresar a su país. Dios se manifestó en el Sinaí a Moisés y luego a Elías.

### DE LA TRANSFIGURACIÓN AL MONACATO CRISTIANO

Se impone una comparación con el episodio de la Transfiguración del que nos hablan los evangelios: aquel día Jesús llevó a **Pedro, Santiago y Juan** a una montaña. Los tres discípulos son testigos de una teofanía: la gloria divina que había en Jesús se manifiesta a sus ojos y lo ven rodeado de Moisés



y Elías. ¿Por qué ellos? Porque son los dos personajes célebres de la antigua alianza a los que Dios manifestó su gloria divina: Moisés concluyó la alianza, Elías la restauró. Su presencia al lado de Jesús demuestra que la nueva alianza entre Dios y la humanidad que Jesús va a establecer con su sangre, el Reinado de Dios que Él inaugura, son la prolongación y la expansión de la nueva alianza.

Los solitarios antiguos conocían muy bien las Escrituras. Descubrieron en estas el gran tema del desierto, que ocupa un puesto central en la historia y en la misma formación del pueblo escogido. San **Jerónimo** (347-419) escribió la vida de los anacoretas **Pablo**



**Hilario y Malcus.** De Pablo nos dice que fue el primer ermitaño. Si esto fue realmente así, este fue al desierto motivado por la persecución de **Decio**, si bien después eligió permanecer allí. Los Padres de la Iglesia coinciden en afirmar que el verdadero fundador del monacato fue el Señor Jesús, Elías, **Eliseo, Juan Bautista** y otras grandes figuras del Antiguo Testamento; así como el monacato judío, representado por el monasterio esenio de Qumrán. Pero el monacato cristiano surge de la doctrina y del ejemplo de Cristo, quien, antes de iniciar su vida pública, se retiró al desierto, pasando por las pruebas de las tentaciones. Buscó la soledad de los montes para orar a su Padre y practicó el más absoluto desprendimiento de los bienes de este mundo.

Modelo sublime de virginidad, de renuncia, de obediencia a la voluntad

del Padre. Para san **Basilio** monje, es aquel que “realiza la divina vocación de imitar a Jesús”. En los primeros siglos de nuestra era, algunos cristianos se internaban en la soledad del desierto para luchar contra todo tipo de seducciones y participar de la victoria de Cristo. Hoy se necesitan personas que hagan el viaje hacia el desierto interior, atraviesen los abismos del propio yo para experimentar la victoria de Cristo y, a través de la propia experiencia, abran el camino a los demás. Esto significa que cada uno, en el contexto que le ha tocado vivir, encuentre sentido positivo a la soledad, el silencio, el vacío interior, el sufrimiento y la pobreza. Esto significa, en lenguaje paradójico, que sepamos vivir en la ausencia del Dios presente, o en la presencia del Dios ausente, soportando la noche oscura interior.

### UN VIAJE INTERIOR CON DIOS

Y, ¿cómo se realiza este viaje interior hacia las profundidades del ser? El camino de descenso a las profundidades de nuestro ser y salida al encuentro de nuestros hermanos es cíclico y, a la vez, progresivo, hasta que veamos a Dios ‘cara a cara’. Por esto no hay auténtica mística sin ética, ni ética verdadera sin mística, ni verdadera religión sin mística ni ética. Y todo esto lo vive la persona santa en el aquí y ahora del presente de Dios.

En la conciencia de Israel, subir al monte Sinaí, también llamado Horeb, fue un suceso incluso mayor que la creación del mundo. Moisés sube al monte en el que Dios le ha dado cita, para conversar en soledad como amigos y recibir una fuerza prodigiosa que es la vocación divina.

Orar es ponerse en comunión con Dios, para estar en su presencia, que nos penetra y rodea como el aire que respiramos. “Es pensar en Dios amándolo”, como decía **Carlos de Foucauld**; es, en definitiva, en palabras de santa **Teresa de Ávila**, “un trato de amistad a solas con quien sabemos que nos ama”. Esta relación puede crecer y desarrollarse desde las tentativas más incipientes hasta la intimidad más profunda, vivida en la oración continua del auténtico peregrino. En la

aventura de la vida, no todos vamos por el mismo camino, pero todos estamos llamados a realizar el mismo viaje. Y, tarde o temprano, si no nos detenemos, encontraremos los mismos obstáculos.

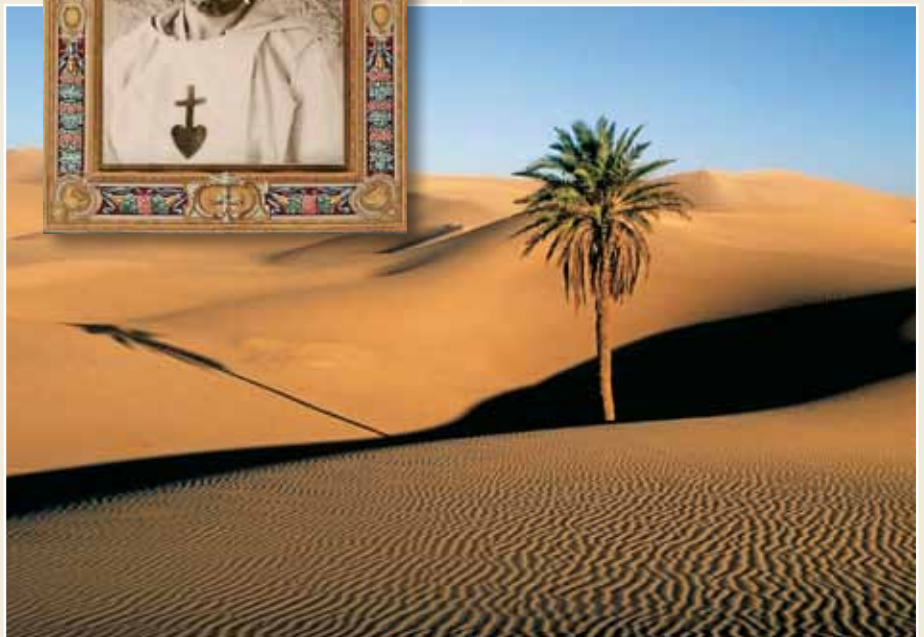
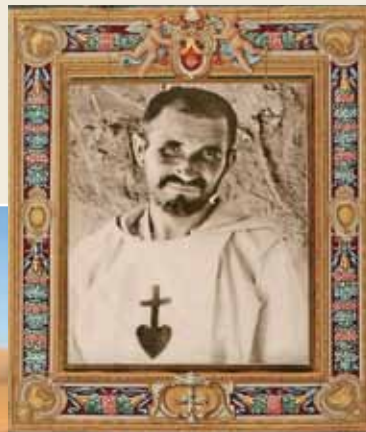
Nuestro Guía sabe lo que más nos conviene cuando el camino se vuelve oscuro y penoso, pues este viaje lo emprendemos en la fe y no en la visión. Carlos de Foucauld, y los que más tarde emprenderán la ruta tras sus huellas, pretenden escuchar la “brisa ligera de Dios” ocultos en el corazón del mundo.

El libro del Deuteronomio define el desierto como “yermo grande y terrible, lugar de serpientes venenosas y escorpiones, tierra de sed y sin agua”, a través del cual fue conducido Israel, el pueblo elegido, antes de entrar en la tierra prometida, a fin de ser en él probado, “para humillarte y ponerte a prueba y después hacerte feliz”. Según la concepción bíblica, el desierto es un típico itinerario espiritual que recorren **Abrahán**, Moisés, Elías, Juan Bautista, el propio Cristo, todo cristiano, el Israel de todos los tiempos, el eremita de nuestros días, desde san **Antonio** hasta Carlos de Foucauld.

### CARLOS DE FOUCAULD, UN GRANO DE TRIGO EN EL DESIERTO

El objetivo del hermano Carlos fue hacer comprender, a través de su disponibilidad, su amistad y su fraternidad, el amor de Dios por sus hijos, sobre todo los más abandonados. De amigo se convierte en hermano; de francés colonizador, en miembro real del pueblo tuareg. Carlos de Foucauld es impulsado a vivir en el desierto del Sahara, entre gentes sedientas de Dios. Lo que cuenta para él es estar en continua escucha de la voluntad de Dios y ponerla fielmente en práctica. Solo en la medida de su santificación personal consigue Carlos de Foucauld llegar a ser un digno mensajero del Evangelio, porque santificarse, para él, significa sintonizar con la voluntad de Dios y practicarla; confiarse en Él y confiarle igualmente la mies, desinteresándose absolutamente de los frutos inmediatos. Es así como Carlos de Foucauld se hace sacramento de la presencia divina entre su gente, así como instrumento de salvación, lenta pero eficaz, en aquel remoto rincón del mundo.

El grano de trigo murió entre las dunas de arena del desierto. ¡Ahora es el momento de su germinación! El designio de Dios se ha cumplido en este hombre que, al igual que **María**, supo vivir comprometidamente el ‘amén’ de la decisión. La muerte ha cubierto



de sangre este 'sí' silencioso pero elocuente, aún vivo y actuante en medio de nosotros.

Este viaje a través del desierto es propio de todo cristiano, es el camino místico que toda persona debe emprender si quiere que el desierto de la vida se convierta en vergel fértil. Es un viaje hacia el fondo del propio ser, donde en el centro de nuestro interior mora el mismo Dios, pues no estamos solos, ya que estamos habitados por dentro. Este encuentro genera una explosión espiritual de imprevisibles consecuencias. En este viaje se atraviesan capas alternas de luz y de tinieblas. Encontrándonos con la raíz que ocasiona las guerras, opresiones, torturas, hambres y terrorismo. Aparece el odio, la incredencia, la oscuridad; y el mal arquetipo. Y este mal aparece en uno mismo, pues todos participamos del inconsciente colectivo de la familia humana.

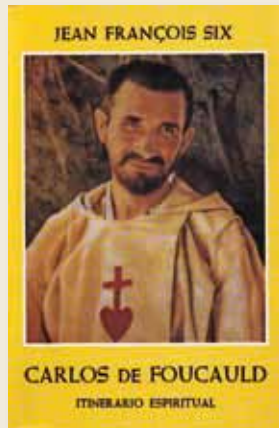
Por eso, los místicos, los que se adentran profundamente en el desierto interior, al encontrarse con el mal arquetípico, lo vencen con la ayuda de Dios. Algunos se introducen luego en el mundo de la política, de la economía, del derecho, de la cultura o en otras esferas, y su influencia en ellas es crucial. Otros comparten la vida de los más pobres, de los que carecen de privilegios o los más disminuidos. Otros sienten que su vocación es justamente orar y sufrir por la salvación del mundo. Pero, hagan lo que hagan, son los verdaderos trabajadores sociales y ellos cambian el mundo.

Carlos de Foucauld, con su vocación a vivir la 'vida de Nazaret', no quiso retirarse del mundo, sino vivir esta maravillosa experiencia 'en medio del mundo' como fermento en la masa.

## UN LIBRO Y UN TESTIMONIO

Corría el año 1962 –tenía entonces 16 años– cuando **Pedro Vilaplana Puntí**, que más tarde fundó la Comunidad de Jesús Padre Foucauld, me regaló un libro que ha marcado para siempre mi vida. Este libro era *Itinerario Espiritual de Carlos de Foucauld*, de **Jean François Six**, publicado por la editorial Herder.

Cinco años más tarde (1967), en plena juventud y ya concluido el



Concilio Vaticano II, conocí, gracias a un amigo, al ermitaño de Montserrat, el benedictino **Estanislau Llopert**. Su ermita, La Santa Cruz, estaba situada en la montaña por encima del monasterio. El impacto que me causó el ermitaño fue extraordinario. Era un hombre hecho bondad, que a partir de aquel momento se convirtió durante unos años en mi padre espiritual. Para que se entienda lo que quiero decir, pasado un tiempo largo de nuestra relación, un día le dije al ermitaño que al principio de conocerlo me surgían unas ganas inmensas de abofetearlo, pues su presencia bondadosa y sencilla me desataba mis demonios. Su respuesta fue decirme: “¿Por qué no lo hiciste?”.

Como se puede comprender, la figura de Carlos de Foucauld me quedó matizada por la figura del padre Estanislau, el ermitaño de Montserrat.

## RENÉ VOILLAUME Y LAS FRATERNIDADES DEL DESIERTO

El hermano **René**, inspirador de las Fraternidades Foucauld, en su libro *Por los caminos del mundo* (Marova, Madrid, 1973, pp. 296-299), manifiesta que era partidario de las Fraternidades del Desierto, justificándolo así: “El padre Foucauld redactó sus primeras reglas, la de los Hermanos de Jesús, en 1896, y la de los Hermanos del Sagrado Corazón (1899) refiriéndose a un concepto de la vida de Nazaret muy separada y silenciosa. Este concepto respondía a una necesidad sentida por él durante ese período de oración solitaria que fue su vida en la Trapa y en el Convento de las Clarisas de Nazaret. Aun cuando la vida de sus hermanos haya sido concebida por él con arreglo

al tipo clásico de una vida comunitaria, en el fondo desea que vivan como solitarios; de ahí el nombre de Eremitas del Sagrado Corazón con que les llamó algún tiempo: ‘Se consideran como solitarios, aun viviendo juntos, a causa del gran recogimiento en el que transcurre su vida’. Más tarde, en Beni-Abbés y en Tamanrasset, cuando el hermano Carlos de Jesús tenga a la vista realizar la vida de Nazaret viviendo en íntimo contacto con las gentes del país, buscará la soledad con intervalos, bien sea en sus ermitas, bien sea en el curso de sus viajes a través del desierto.

Las Fraternidades del Desierto parecen responder, por tanto, a una doble necesidad de los hermanos: la de una iniciación progresiva a la oración contemplativa dentro del marco de una vida de Nazaret más solitaria; y la de una vida de adoración y de intercesión, cuya intensidad requiere como de sí misma lo absoluto del desierto... Es, sobre todo, en estas fraternidades en donde son llamados a vivir los hermanos que, por su vocación, pidan orientar su vida hacia una oración solitaria más apremiante. Las Fraternidades del Desierto están, por tanto, estrechamente asociadas a las otras fraternidades dentro de la realización de una vocación única”.

## EL DESCUBRIMIENTO DE UNA REALIDAD FORMIDABLE

Pasados algunos años (1973), cuando era miembro de la Fraternidad de Hermanitos del Evangelio del padre Foucauld, descubrió una realidad extraordinaria, como si el tiempo de san **Francisco** en la Umbría italiana se trasladase al día de hoy: en un

antiguo monasterio franciscano a las afueras de Spello, pueblo a 14 kilómetros de Asís, los hermanos, inspirados por **Carlo Carretto**, abrieron una Fraternidad de acogida y oración, que también en la actualidad atrae a familias y personas que quieren hacer un “tiempo de desierto” en la misma Fraternidad o en las ermitas que, como palomares, se expanden por las laderas de las montañas que rodean Spello.

Transcribo aquí un fragmento del *Diario* (noviembre 1968) del propio Carretto:

“Escribo este diario desde la ermita de san Francisco, la más elevada, donde se pueden ver las siete ermitas que forman la ‘Tebaida’ de la pequeña fraternidad de oración de Spello. Siete ermitas parecen mucho, pero ahora no son demasiadas, teniendo en cuenta la vida de la fraternidad de Spello: las necesidades de los novicios y las demandas de los amigos. Se puede decir que están abiertos desde Semana Santa hasta el final del otoño, pero me gustaría hablar un poco de cada una. Como ya he dicho, la más alta es la de san Francisco, es la última. Se utilizó por primera vez con motivo del mes de desierto de un hermano que quería vivir un retiro solitario en lo alto de la montaña, realizando un trabajo. Le hemos dada esta satisfacción entregándole un establo antiguo, en un lugar apartado, que había tenido ya algunos arreglos.

Cuando ha bajado después de cuarenta días, había transformado por completo el lugar y, sobre todo, había creado una capilla que es, creo, la más bella de todas las ermitas. La ermita de san Francisco es, sin duda, la más adecuada para largas estancias y está disponible para los hermanos que hacen un mes de desierto. Desde allí, mirando hacia Spello, se abre un claro con una pequeña plataforma en el centro donde se encuentra san Elías, ermita que ha acogido ya a varios hermanos e incluso el ministro de la Marina, un amigo de la Fraternidad. Situado en las faldas del Subasio también, era un viejo edificio abandonado. Al principio, no estaba todavía arreglado y había que soportar grandes dificultades para defenderse contra el frío y el viento. Ahora está todo en orden: puertas, ventanas, chimenea para los días fríos.



La capilla ha sido habilitada. Cerca, a unos 400 metros, se sitúa la ermita de san Elíseo, una casa donde se guardaba las aceitunas. Se encuentra en medio de un olivar que protege del viento del Subasio. Es una ermita ‘seria’, de hecho, siempre se manda allí a los canónigos y monseñores que quieren experimentar el gozo de la soledad.

Frente y más bajo se encuentra la ermita P. de Foucauld, frecuentada sobre todo por los novicios de la Fraternidad. Tiene la ventaja de estar en los viñedos, con abundancia de uvas, higos y melocotones. Un hermano hizo allí su mes de desierto.

La ermita de santa Teresa se encuentra saliendo del noviciado. Es un edificio más grande con una espléndida vista sobre Foligno. Esta ermita se utiliza para los retiros de fraternidad durante el noviciado. De hecho, se puede ir en grupos de cuatro.

La sexta ermita, san Giovanni, es un tanto especial. Fue pensada para permitir a jóvenes casados hacer retiro, siendo muy solicitada. Este año vino una pareja en crisis a punto de divorciarse, cuando regresaron habían hecho de nuevo la paz. Una buena revisión de vida y el clima de oración le habían permitido reconocer y aceptar sus errores.

La última ermita es la de Nuestra Señora de la Providencia, se encuentra a 7 kilómetros de Spello, en el camino

que va de Collepino a san Giovanni. Es la ermita de los grupos. Es un poco una contradicción y es, por tanto, una respuesta a un gran problema. Me explico: la fraternidad de Spello, a pesar de su deseo de silencio, tiene un gran número de visitantes, de jóvenes, de sacerdotes que quieren venir a convivir con nosotros en un clima de unos días de retiro y oración prolongada...”.

## EL IMPACTO DE TAIZÉ

La visita a la Comunidad de Taizé y el encuentro con el hermano **Roger**, a finales de los años 70, tuvo también un significado personal: el gozo de proclamar a Jesús Resucitado y la oración por la unión de los hermanos separados. Transcribo el testimonio del filósofo personalista **Paul Ricoeur**, amigo de la Comunidad:

“¿Qué es lo que vengo a buscar en Taizé? Diría que una clase de experiencia de aquello en lo que creo más profundamente. Es decir, aquello que generalmente se denomina religión y que tiene que ver con la bondad. Esto está un poco olvidado en algunas tradiciones del cristianismo. Quiero decir que hay una cierta estrechez de miras sobre la culpabilidad y el mal. No es que subestime el problema, porque esto me ha ocupado durante las últimas décadas. Pero lo que necesito verificar, de alguna manera, es que, por muy

radical que sea el mal, este no será nunca tan profundo como la bondad. Y si la religión, las religiones, tienen un sentido, es el de liberar el fondo de bondad de los seres humanos, ir a su búsqueda, allí donde está totalmente enterrado. Ahora bien, aquí en Taizé veo irrupciones de bondad en la fraternidad entre los hermanos, en su hospitalidad tranquila, discreta, y en la oración, donde veo a miles de jóvenes que no tienen ni una articulación conceptual del bien y del mal, ni de Dios, ni de la gracia ni de Jesucristo, pero que tienen una inclinación, un movimiento fundamental hacia la bondad.

Estamos abrumados por los discursos, por las polémicas, por el asalto de lo virtual. Actualmente, existe una zona opaca, y debemos liberar la certeza que surge de lo más profundo y anunciarla: la bondad es más profunda que el mal más profundo. Y no solo tenemos que sentirlo, sino que tenemos que darle un lenguaje. Y el lenguaje de Taizé no es la filosofía, tampoco el de la teología, sino el lenguaje de la liturgia. Y para mí, la liturgia no es simplemente una acción, un pensamiento. Conocemos la bondad a través de las personas que han sido 'buenas' con nosotros. Pero la bondad tiene otros lenguajes: unas melodías, unos colores, un ritmo, un ambiente. A través de ellos intuimos que, a pesar de todo, la persona puede romper la cadena de la acción-reacción. En toda persona humana habita un misterio, el Misterio. Un fondo, infinito, de bondad".

### TERESA DE LISIEUX, UN FARO ESPIRITUAL DE NUESTRO TIEMPO

La acción espiritual que ejerció y continúa realizando la pequeña **Teresa** es formidable. Con su sencillez espiritual nos enseña cómo abandonarnos en los brazos del Padre-Amor con toda simplicidad. Y cómo desde "el desierto", desde la clausura, se puede ser misionera, como la misma Iglesia la ha proclamado patrona de las misiones. Ella misma se queda sorprendida con su descubrimiento: "¡Al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡oh Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo; en el corazón de



mi madre la Iglesia seré yo el amor... Así lo seré todo, así se realizarán mis anhelos" (*Manuscritos*, cap. XI).

### UNA NUEVA REALIDAD COMO SIGNO DE NUESTRO TIEMPO

Los eremitas de hoy viven también en la ciudad. Su número crece cada día. Buscan el silencio y la discreción. En realidad, el mayor número de los eremitas y eremitas actuales es "metropolitano". La gran ciudad es el verdadero sitio de la soledad, del anonimato, del combate silencioso contra los nuevos demonios. La mayoría tiene entre 50 y 60 años, y son

rarísimos los que están por debajo de los 30. Todos los maestros de la vida espiritual han enseñado siempre que una vocación así distingue a una élite de hombres y de mujeres particularmente experimentados. De hecho, en el eremitorio no se tiene el apoyo de una comunidad fraterna; la soledad y el silencio constantes son un gozo solo para quien realmente ha sido llamado; ni siquiera se cuenta con un hábito o un distintivo. No solo la obligada pobreza se convierte muchas veces en miseria, sobre todo para quienes han encontrado en la ciudad su "desierto", dado que el anacoreta buscará huir de toda "dispersión" y, por tanto, de los trabajos en fábricas u oficinas, con lo que vivirá de las pequeñas cosas que pueda hacer dentro de sus modestísimas cuatro paredes. Aunque la mayoría son laicos, también son numerosos aquellos sacerdotes, frailes o monjas que llegan a la vida eremita tras muchos años en comunidades tradicionales. Son los más afortunados, pues, una vez que se les concede el permiso para dar el paso a esta nueva forma de vida, suelen tener la ayuda de la familia religiosa de la que provienen.

La sencilla regla que los eremitas se dan, y que si quieren pueden someterla a la aprobación del obispo, prevé, sobre todo, horas de oración, de lectura espiritual, de meditación... Prevé vigiliias, ayunos, penitencias,



renuncias. En los ermitaños y ermitañas hay un rechazo radical de la lógica mundana, para la cual solo la acción, la política, el compromiso social, las inversiones económicas pueden cambiar el mundo para mejor. Ellos, por su parte, responden a una llamada que les ha hecho comprender hasta el final que solo quien entrega su vida la salva, y que el modo más eficaz de amar y de ayudar es el de sepultarse bajo el anonimato, el silencio, la impotencia, creyendo hasta el fondo en los misteriosos vínculos de la “comunidad de los santos”. Quien va al desierto no es un desertor, sino más bien un creyente, que, en vez del activismo constructivo solo en apariencia, ha decidido practicar la forma más alta de caridad en la perspectiva evangélica: la oración ininterrumpida por todos, en la soledad y en el silencio más radical.

### LA COMUNIDAD ECUMÉNICA HOREB

La Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld es una unión espiritual de personas que –ya vivan solas o casadas, sean religiosos o religiosas, sacerdotes u obispos–, a lo largo y ancho del mundo, bajo el espíritu del *Directorio de Carlos de Foucauld*, hacen el compromiso ecuménico de pedir todos los días “por las Iglesias, las religiones y las naciones del mundo entero, para que se dejen llevar por el Espíritu que animaba a Jesús de Nazaret, el Cristo”. Hoy, gracias a Internet, esta comunión y amistad espiritual entre sus miembros se puede expresar más fácilmente gracias a las noticias y comunicaciones, que se envían frecuentemente, a un *Boletín Ecuménico* que se hace todos los meses y a la oración diaria por todos sus miembros, la Familia Espiritual Carlos de Foucauld, la Iglesia y el Papa.

La palabra Horeb o Sinaí sugiere la palabra “desierto”, lugar de la prueba y de la Alianza entre Dios y su pueblo: lugar donde se descubre la propia vocación y se recibe el propio mandato. La Comunidad como lugar físico de “acogida y oración” se inició en 1978 en el Poblado de San Francisco de Huerca-Overa (Almería) y funcionó hasta 1982, que tuvo que ser disuelta



por diversas circunstancias. A partir de la Pascua de 2006, se ha establecido la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld con los hermanos y hermanas del inicio y otros nuevos que se han ido incorporando de Argentina, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, El Salvador, Perú y España; no ya como lugar físico, sino como una ayuda y compromiso espiritual para quienes acentúan de un modo especial la dimensión del “desierto”, es decir, la soledad, la oración, la acogida, el discernimiento espiritual y el estudio, en su propio Nazaret y para la extensión del Reino de Dios; la intercesión ecuménica y el compromiso con la justicia.

Si bien las personas que formamos la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld queremos vivir el Evangelio de Jesucristo en su integridad, incorporando los valores de Nazaret (trabajo, amistad, ayuda, progreso, compromiso con la justicia, apostolado de la bondad), y predicando el Evangelio con la propia vida, los miembros de la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld dan una particular relevancia al “tiempo de desierto” (oración, acogida, escucha, estudio, discernimiento, lucha contra el mal), la intercesión ecuménica y el compromiso con la justicia.

La *Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld* tiene, pues, una triple misión:

1. Ofrecer una ayuda y sostenimiento espiritual, a través de la oración, de los unos para con los otros. Además de los canales tradicionales de comunicación, la posibilidad de relacionarse, por medio de Internet, que es un instrumento de comunicación e información de este tiempo, que puede servir también para vincular diferentes vocaciones. Además, siguiendo el dinamismo comunitario, puede haber encuentros y retiros no reglados.
2. Orar y trabajar por la unión de los cristianos.
3. Orar y trabajar para que la Iglesias, las religiones y las naciones se dejen conducir por el Espíritu de Jesús Resucitado en la construcción de un mundo más fraterno, camino del Reino de Justicia, Amor y Paz que Dios Padre nos ha prometido.

